

## LA VIDA Y LA IGNORANCIA

*por Francisco-Manuel Nácher*

Teniendo que renunciar a tu fuerte vocación literaria a causa de la necesidad de subsistir, te pasas la vida luchando, esforzándote, ilusionándote y trabajando por hacer esas ilusiones realidad; sacrificándote por tus hijos, por tu cónyuge, por su bienestar presente y futuro; tropiezas y te levantas una vez y otra; sorteas mil obstáculos y, entretanto, mientras pasan los años, vas reflexionando, vas sacando conclusiones, vas despertando por dentro, vas haciéndote preguntas trascendentes, vas buscando respuestas, vas encontrándote cada día mejor contigo mismo... hasta que te jubilas.

Entonces, sin esos agobios mundanos, sin problemas de subsistencia, miras alrededor y, al contemplar la desolación moral y espiritual que te rodea, al ver las miserias inevitables que asolan el mundo por doquier y la ignorancia tan inmensa de que hace gala la Humanidad en su conjunto, te sientes impulsado a seguir preocupándote, luchando, soñando, esforzándote, esta vez ya no por los tuyos, por tus próximos, sino por tus prójimos, por todos; y, dando pábulo a aquella vocación arrinconada por necesidad en el fondo de tu alma, pero nunca olvidada, aportarles la luz que en tu trayectoria vital y en tus reflexiones has acumulado y que te permite comprender y explicar la vida y la muerte y el más allá y el por qué de las cosas y el para qué, de un modo aceptablemente comprensible y asimilable, para que todos o la mayor parte o unos cuantos, puedan participar de todo ello y mejorar sus vidas y las de los suyos.

Y te pones a escribir, a plasmar tus ideas y tus estudios y tus hallazgos y tus descubrimientos, para brindarlos a todos de un modo altruísta. Y te embarga de nuevo la ilusión, y tu actividad vuelve a ser febril e imaginas ya los frutos que tus escritos van a producir para el bien de tus semejantes...

Pero entonces te encuentras con esa misma ignorancia, ese mismo egoísmo, esa misma ceguera, ese mismo desinterés que pretendes combatir, que domina todas las capas de la sociedad y que no te permite publicar nada porque los editores, cegados por el afán de amontonar dinero y olvidados de que son el único medio de enseñar al pueblo, o quizás por ello, prefieren los bestsellers mal traducidos o los autores nacionales ya

consagrados, a los noveles, sin importarles lo que éstos digan en sus obras. Por eso la literatura está, hace años, mirándose el ombligo y sin creadores ni ideas nuevas ni renovadores. Y es sabido que, si un ciego conduce a otro ciego, ambos acaban cayendo al hoyo.

Entonces, ante esa imposibilidad de publicar nada, de transmitir nada de lo que en casi tres cuartos de siglo has hallado y acumulado celosamente para este momento, no puedes por menos de sentirte frustrado, de experimentar un intenso dolor en el corazón ante tu impotencia... y de darte cuenta de que debe de haber muchos como tú, deseando, intentando por todos los medios transmitir "su tesoro interior" a los demás, y encontrándose con que la siguiente generación, como joven que es, no quiere oír nada, ni aprender nada, ni reflexionar nada porque, "ya lo sabe todo". Y que los miembros de la tuya propia, que hasta ahora no han mostrado interés por su evolución, difícilmente lo van ya a sentir.

Con lo cual comprendes por qué la Humanidad evoluciona tan despacio. Y te das cuenta de que es verdad aquello de que, al fin y al cabo, el único pecado de la Humanidad es la ignorancia.

\* \* \*